



CAPÍTULO XIII

ÚLTIMOS DESTELLOS

ENCONTRÁNDOSE Santo Tomás en Nápoles en los últimos meses de su vida, tuvo una visión hermosísima y por demás consoladora. (1)

Hallábase el Santo Doctor recogido en devotísima oración en la iglesia del Convento, cuando se le presentó un dominico muerto en París y á quien el angélico Maestro había cedido su clase de Teología al salir de la capital de Francia en 1271. Llamábase el difunto religioso Fray Román

(1) Hallábase el Santo Maestro en Nápoles á petición expresa y porfiada del Rey y de todo el pueblo con la Universidad.

En el capítulo General celebrado en Florencia en 1272 se recibieron muchísimas cartas de pueblos y de Universidades que pedían tener en su seno al esclarecido Doctor. La Orden lo envió á Nápoles desde Bolonia, siendo recibido con inmenso júbilo y asignando el Rey Carlos I de Sicilia una pensión mensual que costeaba de su peculio particular. (Cf. Tourón—Lib. III—Cap. VII.)

y era por añadidura pariente del Pontífice Nicolás III.

Ignorando Santo Tomás la muerte de su compañero, y viéndole de improviso en Nápoles cuando le creía en París, le dijo admirado: ¿Habéis hecho algún viaje desde Francia?... A lo que respondió el aparecido: «He muerto, y en nombre del Señor, vengo á visitaros». Sorprendióse el Angélico al oír semejantes palabras y lleno de asombro volvió á preguntar al difunto: «Si es así como afirmáis, respondedme á estas cuestiones para mí interesantes: «¿Cuál es el concepto en que estoy en la presencia del Señor?... ¿Son mis escritos agradables á la Majestad infinita?»..... Y el religioso le contestó: «Estáis en el número de los escogidos y vuestras Obras son aceptables ante los divinos ojos».

Trató el Santo Maestro de averiguar la solución de otras dificultades cerciorándose de la exactitud de varios juicios emitidos en la Suma, pero el religioso con dulce sonrisa le atajó diciéndole: «De lo que tantas veces hablamos en la tierra, no os puedo asegurar sino que veo á Dios y soy feliz ... No me preguntéis más de los misterios del cielo. Yo os aseguro, añadió, que sabréis muy pronto en el cielo las cosas que no acabásteis de ver en el destierro».

Con esto desapareció la visión, y Santo Tomás

quedó engolfado en infinitas dulcedumbres al oír que dentro de poco subiría á la casa de su Dios.

Era evidente: el premio se acercaba ya; los ángeles estaban terminando de labrar la hermosa corona con que iban á ceñir las sienes del Príncipe de las Escuelas; el Calvario iba á trocarse muy en breve en Tabor gloriosísimo, la fe en visión beatífica, las sombras en luz sempiterna, las lágrimas en alegrías sin cuento, y en la diestra del ínclito caudillo vencedor en cien combates, iba á tremolar muy pronto la palma brillante emblema de la victoria y del triunfo.

De este triunfo había magníficos preludios. Los santos bajaban del cielo á conversar con el esclarecido Maestro de la Religión; los serafines sonreían á menudo al visitar al castísimo Doctor, y lúcidas estrellas de fulgores desusados entraban en la habitación del Sol esplendoroso formando en su torno arcos de luz y de oro. El cielo se preparaba á recibir con los honores debidos al verdadero Alejandro el Magno que, conquistado el mundo científico merced al arranque y empuje de su genio, debía entrar en la tierra bendita de promisión á descansar de las luchas pasadas; las letras las artes y las ciencias con la Europa civilizada comenzaban á verter lágrimas de desconsuelo al ver que los cielos émulos de la gloria de la tierra, iban á privar al mundo del Coloso que parecía inmortal. Só-

lo Tomás de Aquino parecía hallarse desapercibido del luto con que le lloraban los sabios, y sin darse cuenta de cosa ninguna de la tierra, semejaba haber entrado su alma en otras regiones inefables donde absorto en continuo éxtasis, vivía con el alma puesta en solo Dios.

En vano le llevaron para distraerle de sus meditaciones á la casa de su hermana la Condesa de San Severino: sin mostrarse grosero ni descortés á los cariños y halagos de la familia, Tomás se hallaba en un mundo distinto y arrollado en el secreto de su corazón, apenas se percataba de lo que en torno suyo acontecía.

—«¿Qué significa todo esto?... preguntaba una vez sollozando la Condesa. ¿Qué ha sucedido á mi hermano que ni siquiera me habla?»...

Y Fray Reginaldo, la contestó:

—«Desde la fiesta de San Nicolás vive de esa manera. Nunca le he visto tan ensimismado y no ha querido volver á escribir.»

En esa situación de ánimo, volvió el angélico Maestro al convento de Nápoles donde recibió un aviso del Pontífice Gregorio X que le llamaba al próximo Concilio que debía celebrarse en Lyon. (1)

(1) Gregorio X sucedió á Clemente IV. después de cerca de tres años de Sede vacante en Febrero de 1272. El Concilio general de Lyon debía comenzar en Mayo de 1274, y á él había sido convocado por un Breve pontificio Santo Tomás de Aquino (Tourón—Lib. III—Cap. XI.)

Obediente hasta la muerte á ejemplo de su Redentor, Santo Tomás se puso en camino á pesar de su debilidad acompañándole su discípulo amado fray Reginaldo y otro religioso de la Orden (1).

En su viaje, quiso pasar por el territorio de Aquino, como si previendo su cercano fin, deseara saludar y dar el último adiós á la hermosa patria en que se habían deslizado los años de su inocencia angelical. En Aquino tuvo noticia de que el Superior de la famosa abadía de Monte-Casino deseaba con vivísimo interés que le escribiese acerca de diferentes puntos y dificultades sobre el libro de los Morales de San Gregorio, y ganoso el amable Doctor de complacer en lo posible á todos, haciendo un sacrificio contestó al Abad una sapientísima carta solucionando con la proverbial maestría las dificultades, abordando todas las cuestiones que se le proponían y esclareciendo los puntos oscuros ó de algún embrollo.

Siguiendo el camino en dirección á la Ciudad eterna y sesgueando la rota para dirigirse de pasada al Castillo de Maenza (2), sucedióle al

(1) El P. Reginaldo ó Renaldo era amigo y como secretario del Doctor angélico acompañándole en sus viajes y comunicándose intimamente con él. El viaje al Concilio lo emprendieron á fines de Enero ó á principios de Febrero de 1274 (Vid. Tourón—Id—Cap. XI.)

(2) En el Castillo de Maenza ó Magenza vivía la sobrina de santo Tomás, llamada Francisca y que se hallaba casada con Anibal Conde de Ceccano.

Santo Maestro un percance imprevisto ó quizás providencial. Y fué que bajando con sus compañeros por la vía de *Borgo Nuovo*, el Doctor angélico, siempre absorto en sus meditaciones, dando un traspié tuvo la mala suerte de lastimarse la cabeza al tropezar con un árbol que por aquellos andurriales había. Viéndole así lastimado, trató Fray Reginaldo de consolarle hablándole del próximo Concilio á que se encaminaban y de la gloria que á la persona del Santo y á la Orden se seguiría con la presencia del venerable Doctor entre los Padres. (1)

—Maestro, añadió; Vos y Fray Buenaventura seréis Cardenales, y los Dominicos y Franciscanos se verán muy honrados con las dos Eminencias.

—Estad seguro, hijo mío, le contestó el Santo, de que jamás he de salir de la simple condición de religioso.

Llegados á Maenza y á pesar del esmeradísimo trato con que fué atendido Santo Tomás por la Condesa Francisca, el insigne Maestro, se sintió enfermo y perdió completamente el apetito (2).

(1) No sólo fué el angélico Maestro el llamado entre los dominicos al Concilio de Lyon. «Cuando se celebró el Concilio (1274) pudieron ya tomar parte en sus sesiones tres Cardenales, treinta Obispos é innumerables teólogos de la Orden dominicana» Hist.^a de Santo Domingo y su Orden por D. F. Trapiello: Tomo II. p. 97.

(2) Algunos historiadores atribuyen este desapetito y decaimiento rápido del angélico Maestro al cansancio

Preguntándole un día el P. Reginaldo qué deseaba comer pues apenas admitía nada su naturaleza enflaquecida, le respondió en tono jocosos el Santo Doctor: ¡Si encontráseis arenques frescos!.....

—Maestro, le replicó el discípulo; aquí no es posible hallarlos. ¡Si fuera allende los Alpes!.....

Mas no bien habían terminado de hablar cuando se presentó á las puertas de la Fortaleza un vendedor de pescado. Interrogáronle los dueños sobre la clase de pesca que llevaba y al mostrar las banastas que él creía llenas de solas sardinas, se encontró con que una estaba henchida de riquísimos arenques. Aseguró el sardinero que no llevaba más que sardinas y subió de punto la admiración en todos cuando sabedor del caso Fr. Reginaldo, exclamó jubiloso:

—Maestro, Maestro; el Señor cumple vuestros deseos y Él os da en su Providencia lo que pedíais!....

Así regalaba Dios á su gran siervo, y aquella Misericordia infinita que no descuida al pajarillo en el oculto nido de la enramada, ni abandona á las flores del campo ni á las hormigas en sus ta-

y á las molestias del viaje junto con las consecuencias del golpe recibido. Juan Villani y Dante en su Divina Comedia afirman que Santo Tomás murió de resultas de un envenenamiento pausado con que Carlos de Anjou, el hermano de San Luis, quiso impedir por sus miras política la presencia del insigne Doctor en el Concilio de Lión. (Année Dominicaine.)

holfes, honraba á manos llenas al Doctor angélico con quien el cielo tenía sus más dulces complacencias.

El mal, sin embargo, seguía su curso y el Santo Maestro notaba con sentimiento de todos y regocijo propio que sus fuerzas se consumían lentamente. Entonces comprendió que se acercaba la hora solemne de su tránsito, y si hasta allí su vida había estado recogida en Dios, desde ahora redobla su devoción y el espíritu de Santo Tomás, perdiendo de vista la tierra, se engolfaba ya en las regiones de la inmortalidad y de la dicha sin cuento.

Cerca del Castillo de Magenza, se alzaba la célebre Abadía de Fosa Nova perteneciente á los monjes del Cister. Sabedores éstos de la dolencia que aquejaba al Doctor angélico, habían venido á Magenza para saludar al gloriosísimo Maestro de la Religión y ofrecerle á la par sus respetos y sus obsequios cariñosos, Y viendo que la enfermedad no cedía, invitaron los monjes al Santo Doctor á que pasase á la Abadía con el fin de que, hechos un alma y un corazón, pudiesen atender mejor al restablecimiento de las quebrantadas fuerzas de Santo Tomás. Aceptó éste la oferta de aquellos monjes caritativos y deseando que le trasladasen pronto al Monasterio, decía con un acento de sublimidad y una dulcedumbre angelical:

Si el Señor me quiere ya visitar y me llama á

sí, es mejor que me encuentre en la casa de los religiosos que no en los palacios de los seculares.

Fué, pues, trasladado el Doctor preclarísimo á la Abadía de Fosa-Nova, haciendo el viaje á caballo y con hartas molestias. Y en la noche en que Santo Tomás durmió por vez primera en el Monasterio, observaron los religiosos de Fosa-Nova que una estrella lindísima y por demás llena de esplendores, bajando del cielo se paraba encima de la Abadía bañando el espacio de suave claridad (1).

(1) Estaba esta Abadía bajo el patronato de los Condes de Aquino siendo esto nuevo motivo para que los monjes tratasen á Santo Tomás con cariño y veneración. (A. T. Lib. III. Cap. XII.)



CAPÍTULO XIII

MUERTE PRECIOSA

SUELE decirse que los genios son inmortales; lo cual no significa, como es obvio, que los genios han de vivir perennemente sobre la tierra, porque ¿quién es el hombre que vive y no ha de llegar á morir? (1), sino que la inmortalidad del genio está en su fama que permanece grabada con letras de oro y de diamante en toda la sucesión de los siglos y vive su recuerdo en las páginas de la historia y en el corazón de la humanidad que bendice siempre á los que califica de héroes y mira como blasones y honras de la dignidad racional.

Santo Tomás de Aquino, el genio portentoso de la Edad Media, Edad clásica de genios y de titanes, goza indudablemente de la aureola de la inmortalidad; su nombre vive de generación en

(1) Ps. LXXXVIII, 47.